

MUÑOZ BARBERAN, en



“MI CASA ES UNA DEMOCRACIA GOBERNADA POR UN TIRANO” “SI FUERA UN PINTOR COMERCIAL TENDRIA MILLONES”

Manuel Muñoz Barberán nació para decir. Para decir con los pinceles, con el color, con la palabra, con la pluma. «Mira, yo no soy político. Esta mañana me preguntaba un joven a quién voy a votar. Y le he dicho que no lo sé. Mi gusto sería no votar. Pero voy a hacerlo porque, a fin de cuentas, es una responsabilidad. Al menos, uno debe saber lo que quiere y lo que no quiere. Sería muy cómodo quedarse quieto, sin opinar, y luego echarle la culpa a los demás si la cosa no sale bien.»

Manuel Muñoz Barberán nació en Lorca, hace ahora cincuenta y seis años. Concreta-mente el día del Corpus. Terminando la procesión. Fue como un empujón en no pasar inad-vertido.

Por eso, el jueves último se reunió en Lorca con su familia. Con su madre, que tiene ochenta y cuatro años.

«No era una cosa premeditada. A ella se le antojó ver la procesión, y a mí, también. Era una especie de conmemoración. Aunque —sonríe— no había nada que conmemorar. Estamos en su casa de la calle de Lepanto, en el corazón de Murcia. Es una tarde terrible, en la que el calor tiene espíritu de presencia permanente.

«Estoy descansando firme a Alcantarilla. Allí he vivido hasta hace poco. Lo que pasa es que, como no somos ricos, no he podido seguir allí. Los chicos tenían que venir a estudiar. Y nosotros también. Era un gasto insostenible. Y tuvimos que venirnos aquí. Pero voy a marchar a Alcantarilla cada vez que puedo. Y allí gozo de una mejor temperatura. Y de una tranquilidad. Allí preparo mis exposiciones. Allí trabajo.

● **FAMILIA NUMEROSISIMA**
Se casó con Fuensanta Clares hace ahora veinticinco años. «Y conste que no lo dimos publicidad al aniversario», comenta con su tono fúnebre. De ese matrimonio nacieron nueve hijos.

«Los corrientes en un país subdesarrollado», me explica. Manuel Muñoz Barberán tiene el genio alegre y la palabra aguda de esta tierra, a la que ha plasmado como pocos, con el hoy de sus pinceles y el ayer de su pluma. Manolo, cuyos ojos parecen reflejar siempre, escuchando a la habitual seriedad de su rostro —como si se librara un duelo entre lo que piensa y lo que dice— me ha recibido en su casa de Murcia, a la hora terrible de la siesta, cuando el café sirve como único antídoto contra la monotonía.

«No. No duermo la siesta habitualmente, aunque mi mujer dice que sí. Pero yo no lo tengo por costumbre. A veces pasa que no has dormido en casi toda la noche. Y después de la comida sientes la necesidad de descansar. Yo duermo según mis necesidades. «Acostumbra a hacerlo todo así, de acuerdo con tus necesidades. «Si. Cuando no tengo una obligación que me tuerce a sometirme a un régimen. Mi trabajo es un tanto anárquico. Y yo me gobierno según me conviene. Por eso, cuando siento la necesidad de hacer un alto en el camino, lo hago. Su hija, mayor, Fuensanta —el mismo nombre que su madre, no faltaría—, tiene veinticuatro años, está casada, y le ha dado al matrimonio Muñoz Barberán los dos primeros hijos.

«Ahora está en Los Pelones, preparando una oposición. Es maestra allí.

«No, no, no. Que hagan lo que les dé la gana. Si les sale bien, o mal, allá ellos. Yo no puedo estar organizando nueve vidas. Soy, eso sí, espectador intranquilo de lo que pasa. La «Fundación» Muñoz funciona con plena libertad. Quiero saber si hay un horario para las llegadas, una justificación de las ausencias. «No. Sólo para los pequeños, con los que de vez en cuando me pongo serio. Pero los mayores, confío en ellos. Hay que confiar en los hijos. ¿No? Da una chupada al cigarrillo y añade:

«Uno intenta formarlos. Y luego, cada uno de ellos administra esa formación como cree conveniente. Pero conste que no me desentiendo. Lo que hago es dejar a los demás una libertad para operar. Mira, llega un momento en que los hijos son «los demás». Son otras personas. Y conste que a mí muchas veces algunos amigos me han amenazado con un gran desastre, que no ha llegado. Yo creo que el desastre con los hijos llega cuando ha de llegar.

Y me habla de su postura ante el fatalismo: «Si un padre dejar salir a la calle a su hijo y hay un terremoto y el hijo muere en él, ¿por qué va a tener la culpa el padre? Ha pasado, porque tenía que pasar. Es así y uno no tiene por qué atribuirse responsabilidades que escapan a su competencia. Quiero saber si es cariñoso con sus hijos: «No mucho. Con los más pequeños, sí. Pero no mucho.

● **MURCIANO DE LOS DE SIEMPRE**
Tengo en mi casa un castillo de Lorca pintado por Manolo Muñoz Barberán hace muchos años. Es un espejo de su tierra natal, con el sol cayendo sobre la tierra seca. Y he visto docenas de cuadros de Manolo en los que se recoge el alma de Murcia.

«Eres un hombre vitalista? «Sí. Mucho. «Prefieres pintar lo vivo a lo muerto? «Lo muerto hay que resucitarlo para pintarlo. Soy incapaz de pintar el retrato de una persona muerta. Pero si una ciudad o una cosa. Yo intento darle vida, sin que eso signifique que me identifique con lo muerto. «Y sin embargo... «Quizás comparado con otros pintores, no pareceo vitalista. Recuerda a Sorolla pintando las playas. O esos artistas murcianos, que se van a la calle para recoger lo que ven. Yo prefiero hacerlo en el estudio, basándome en un apoyo fotográfico. Y

«El que sabe hacer retratos y los pinta, no es comercial. Sabe pintar retratos y lo hace. Es como si se llamara a Cervantes, comercial porque su Quijote ha tenido más ediciones que cualquier otro libro.

«Golpea el cigarrillo contra el cenicero: «Yo pinto a Murcia porque la siento. Y si muchas veces me voy atrás es porque quiero recordarla, sentirla. Aunque quizás llegue el día en que no pueda pintarla. «Por qué? «Porque se va quedando menos de la Murcia auténtica. Yo sé que el pincel crea una nueva servidumbre y forma. Pero lo acepto a regañadientes. Creo que Murcia puede haber tenido otra solución. Quizás construir una ciudad moderna al lado de la antigua.

«¿Qué es lo que más te gusta de Murcia? «Es que no puede ser algo concreto. No es un rincón. Son muchísimos rincones. Yo creo que es una obligación del murciano pasar todos los días por la puerta de la Catedral, detenerse un momento ante la fachada y decir: «Bueno, ya está. Y creo que hay que mirar los edificios. Y los palacios. Y los molinos viejos. Y las cañas del río. A mí me gusta todo eso. Y me gusta incluso ir a un café donde encuentras a los viejos amigos, donde tomas algo con ellos. Y donde un bar y ver a un camarero que estaba allí hace treinta años y que allí sigue. Y que te conoce. Y que ahora atiende a tus hijos, como antes te atendía a ti. Si a mí me gusta todo eso de Murcia.

Le hablo de lo que Murcia ha perdido. «Aquí no han dejado casi nada. Se ha hecho una limpieza hermosa.

Sonríe, suavemente, rememorando al ver. Daría cualquier cosa por seguir el hilo verdadero de sus pensamientos. Aunque lo intuitivo.

● EL ESCRITOR

Es, además de pintor —y de los buenos—, hombre que cultiva el pensamiento. Escritor de mil historias, anda buceando en ese espejo del pasado que nos ofrece cada domingo desde las páginas del colega. «Cuándo sentiste tu vocación de escritor? «Desde que era chiquillo. Como la de pintor. Lo que ocurre es que a mí para ser escritor me falta la preparación, me falta la Universidad. Yo no puedo ser escritor porque no sé escribir. Por eso las cosas me salen defectuosas.

Y estableces sus preferencias: «Pero yo, por encima de todo, soy pintor. Lo que ocurre es que cuando termino de pintar me pongo a escribir, o a leer, o a oír música. Quizás una vocación perdida, sea la de la música. A mí me hubiera gustado ser compositor. Y al hablar de esas actividades, habla del tiempo. «Nos faltan horas. Nos quedan muy pocas libres a lo largo del día y hay que aprovecharlas. Por eso me dedico a estas otras actividades.

“YO NO SOY ESCRITOR PORQUE NO SE ESCRIBIR”

Dice que cada paquete de tabaco le dura dos días. Pero esta tarde está consumiéndolo en dos horas. En el tiempo que está durando esta entrevista.

«Bueno, es que cuando estoy con los amigos, hablando de las cosas que me gustan, me fumo uno tras de otro. Pero, más que fumar, lo que hace es jugar con el pitillo contra el cenicero, como si escurbara en la búsqueda de vaya usted a saber qué cosa.

«¿Cuánto tiempo dedicas a escribir? «Eso es muy impreciso. Porque dedico tiempo a leer también, a buscar datos. Yo creo que como un par de horas diarias.

Es académico de la de Alfonso X. «Sí. Pero como pintor. Y es director del Instituto Municipal de Cultura.

«¿Qué ha pasado con él? «Que se fundó en el momento más difícil. Pero yo creo que el Instituto va a funcionar. Por eso, no he presentado la dimisión. Por ejemplo, el primer presupuesto iba a gastado en el centenario de Jaime I. Y he podido disponer de muy poco dinero. De todas formas...

Me enseña un ejemplar de la «Serie de los obispos de Cartagena» de Díaz Cassou, una edición en facsimil que pronto será presentada al alcalde.

«Yo no puedo tener ahora dinero, pero sí trabajar en un archivo de referencias documentales murcianas, que va a ser único. En él hay, sólo en los siglos XVI y XVII, más de quinientas referencias de hechos concretos completamente desconocidos hasta ahora por los murcianos. Siguiendo con los siglos posteriores, ese archivo puede llegar a ser la fuente principal para cuantos quieran conocer nuestra ciudad. Yo pienso que solo este archivo va a justificarse por sí mismo: la creación del Instituto.

Y se refiere a otras actividades: «Tenemos en proyecto conferencias, trabajos y, en definitiva, un buen movimiento del Instituto.

Y se refiere al viejo Almdud: «El Ayuntamiento no puede ponerlo en condiciones. Sé, sin embargo, que vamos a tener apoyo estatal. Esperamos que por ese camino se lleve a cabo la restauración completa. Hay que confiar en Madrid. Y con todas estas esperanzas, continúa al frente del Instituto. «Creo que se podrá llevar a efecto todo lo que se ha propuesto el actual alcalde. Yo sé que si no se ha hecho más es porque las condiciones económicas no lo han permitido. Por todo eso, no quiero arrojár la toalla. Y sigue al pie del cañón. Blandiendo, escribiendo, investigando. «¿Has llegado a vivir exclusivamente de la pintura? «Sí. Totalmente. Y ha sacado adelante a nueve hijos. «Y les das estudios. Casi me considero la «Fundación Muñoz», que, por cierto, está siempre sin un «chavo». Porque se lo gasta todo. Y, de pronto, me descubre: «De todos modos, yo tengo la esperanza de llegar a ser millonario. Para poder hacer algunas cosas que quiero. Aún me quedan unos quince años de trabajo. Hablamos de su pintura. Y de su valor. «Yo no la he hecho cara. No la he valorado demasiado. Le recuerdo que tengo un cuadro suyo, de doce años atrás. «Será muy malo—aventura. «Y por qué, Manolo? «Porque yo desconfío mucho de mí. Si yo he progresado algo se lo debo a esa desconfianza. Tú sabes lo que es ser un buen

“SOY MURCIANO PURO, DE LA PROVINCIA”

es que el documento, el pasado, la fotografía vieja, tienen para mí una enorme importancia. Y hay muchos grandes maestros que hacen eso también: coger la vieja referencia como apoyo básico. En definitiva, no hay cosas muertas. Todo está vivo a nuestro alrededor. Un libro viejo es algo que todavía alienta, aunque la gente no sabe verlo. Por eso no estoy de acuerdo cuando se dice que eso son cosas muertas.

Y añade: «Pero, además, ¿no crees tú que el artista y el escritor no viven del pasado, sea anterior o sea tres siglos atrás? La memoria está llena de cosas vivas, que son los recuerdos. Para mí, ni siquiera los amigos muertos dejan de estar vivos. Se habla de ellos, se les nota, porque tienen una vida que está ahí, como un presente.

«¿Eres murciano? ¿Eres lorquino...? ¿Qué eres? «Soy murciano, puro, de la provincia. Vivo en la capital desde 1941. Eso es una vida, casi. Pero me siento de toda la provincia. No comprendo que nadie pueda encerrarse en una murciana de la capital. Me parece absurdo. O, al menos, para mí lo es. «Y has pintado a Murcia, claro. «Es lo que más me ha pintado. Quiero saber si lo ha hecho por razones de proximidad, o de afecto, o de testimonio, o de negocio. «Yo no soy un pintor comercial. Si lo fuera, tendría millo-



IGNACIO DE IBARRA (Fotos: ANGEL MARTINEZ)